

MANOS DE MADRE

De la mano de la madre, el niño está aún boquiabierto con el tamaño de la secuoya cuando se paran bajo los soportales de piedra que sostienen el Palacio de Diputación. El hombre es alto, elegante, lejanísimo. Pregunta delicadamente:

-¿Ha sufrido una pérdida en su familia, señora?

El luto, aclara la madre, pequeña y vivaracha, es por *mi padre*. El niño recuerda al abuelo, su pelo blanco, postrado en la cama, agonizante. Sabrá después que la madre pedía trabajo para el padre, accidentado en el tajo, los dos pies rotos, el calcáneo arrancado. El niño sabrá después que aquel semidiós era un hombre que había conocido el dolor y la guerra en Rusia, y que había sido alcalde de la ciudad. La madre, las mujeres como la madre, que venían de un túnel de penumbra y posguerra, llevaban un lento luto de un año. Los hombres, algunos, llevaban un brazalete negro un tiempo.

La ciudad era de los otros. De los que habían sido bautizados en San Lorenzo o en San Agustín. La madre y el niño tomaban una villavesa en Avanco cuya primer parada estaba en el límite. Y el monstruo verde, para subir al centro, Plaza de la República Argentina, traqueteaba rozando los musgos de la vieja tapia de la Maternidad. La madre no tenía miedo. El niño, tampoco, porque iba con ella.

Al niño le gustaría que le preguntaran ahora:

-¿Ha sufrido una pérdida en su familia, señor?

Y decir, *mi madre*, se me ha muerto mi madre y nadie me lleva ya de la mano. Pero el hombre tiene cincuenta años y escucha lo que alguien dice de su madre en el altar, pero no es ella, no es ella. La que lo salvó de morir a los dos meses por una hernia inguinal. La que lo abrazaba en la obscura infancia, piedras de chocolate, Sanatorio de Elizondo.

La madre vuelve tarde. Ha salido con una bolsa llena de cosas. Un paquete de café, unas pastas o bombones, un libro con dibujos para niños. La madre no va a ningún sitio donde no lleve algo. La madre, cae ahora el hombre en la cuenta, tiene el don del consuelo. Y cuando Rosario está enferma va a su casa y hace una tortilla de patatas para los niños de Rosario, y los acuesta, y por la mañana se asegura de que vayan al colegio.

La madre se sienta en la cocina algunas mañanas. Y ve pasar una mariposita blanca, de esas de la col, con una mota negra como un ojo en las alas mayores. Y el niño la ve sonreír y decir en letanía:

-Traen buena suerte a las casas.

O también:

-Traen la primavera.

En algún cajón sale una vieja foto de Zubieta y Retegui. Una foto sepia, de bordes acanalados, como hechos de merengue fósil. Para quien la conoce, no es difícil ver en ese muchacha delgadísima, zíngara y soñadora, a la madre, por más que el tiempo y los disgustos, otra palabra de la madre, se empeñen en derribarla.

-Yo no me casé con un hombre cojo -dice la madre, no con amargura sino por coraje.

Porque la madre tiene siempre en sus manos llaves que abren puertas y porque no hay puertas a las que no llame y es la mujer desgarrada en el parto de la que la comadrona se burla gruñendo su brutal *no haberlo hecho* y es la mujer de la que una desconocida le dice al niño en el funeral *tú no me conoces, pero tu madre me trajo de Estella mi primer vestido*.

El niño comprende, ya en traje de hombre, que su madre es una mujer a la que no conoce. Comprende que tiene que escribir de ella, porque ese homenaje a ella le gustaría más que cualquier cosa en el mundo. Y no es que él le dé voz a ella. Es en realidad ella la que le ha dado a él la voz, la vida y, por fin, el valor de avanzar por caminos y tierras.

La madre está en Roma. Al fondo se ve la cúpula del Vaticano. El hombre mira la fecha en la postal y, tras hacer cálculos, descubre que hoy tiene diez años más que la mujer de la foto. La mujer sonrío, le sonrío a él, sobre el mirador de Sa Foradada, con el orgullo de quien ha puesto a un hijo sobre dos pies para que recorra el mundo. El hombre guarda en un baúl las cartas que la madre le envió al extranjero. El baúl tiene un cerrojito. Al hombre le basta la excusa de no saber dónde está la llavecilla para no abrirlo.

Un día las abrirá. Y volverá a leerlas y la letra florida, generosa e hiperbólica de su madre le hará sonrío. Pero aún no ha llegado el momento. Porque el hombre sabe que hoy, 29 de noviembre es San Saturnino, y le ha llamado su hermana para decirle que han ingresado a la madre. Y el 18 de diciembre, Nuestra Señora de la Esperanza, el día que el hombre se enamoró por primera vez, pero exactamente treinta años antes, la madre morirá. Y al abrazar su cuerpo, el calor de la madre, sí, de su cadáver, aun caliente al hombre.

El hombre estaba leyendo en el momento en que ella muere, Vallejo. Y lleva años juntando palabras que no acaban de formar una corona para colocar sobre la tumba de su madre. Porque viene ya el día y hay que ponerse el alma. Algún día, espera, las palabras se formarán con la verdad de la madre y le darán las gracias por todo lo que hizo por él, y por los otros, por todo lo que sigue haciendo por él, mientras lo sostiene para que no caiga en el vacío.